

“Las guerras del siglo que viene serán causadas por la falta de agua”

Butros Ghali/ Ismail Serageldin

A *L.T.* por su vapor

DRAMATIS PERSONAE

ENRIQUE- El primer viajero

OLIVER- El segundo viajero

MATEO- El tercer viajero

SILVAN- El traficante

TIEMPO: Actualidad

ACTO I

Enrique, Oliver y Mateo llegan exhaustos por el calor a una antigua estación de tren. Han hecho unos kilómetros bajo el sol y sus ropas están cubiertas de polvo y sudor. La estación está al aire libre. El suelo está cubierto de gravilla y basura, suciedad acumulada por el paso de los años. Un tejadillo de madera los cobija del fuerte sol del mediodía. Hay un pequeño soporte con una vieja bandera de la ex-Unión Soviética colgando, que se haya muy deteriorada. Con ellos llevan una garrafa de agua de diez litros. Un panel de metal oxidado contiene la siguiente inscripción en ruso: “Poiesd (tren).El sonido de una fuente se escucha, está al fondo del escenario, en una esquina, semioculta. Los personajes se hallan en las proximidades del Mar de Aral, en la ex-República Soviética de Uzbekistán.

ENRIQUE.—¡La puta de baby-love la tuvo que hacer de nuevo!...¡no me lo puedo creer!...¡con lo guapa que es y mira que es jodida...como todas...! ¡la he tenido que dejar tirada por ahí, para que le meta mano el primero que pase...seré tonto!...¿Y que iba a hacer? ¡En cuanto se ponen tontas es la única alternativa! ...¡pero la hecho tanto de menos!

OLIVER.—¡Pues yo no! ¡Ya estaba harto de ella y de las demás, no hacían nada más que dar problemas! Y para eso es mejor quedarnos solos.

ENRIQUE.—¡Pero era Baby-love...la niña de mis ojos!...y cuando se enfadaba...(HACIENDO GESTO CON LA MANO COMO SI PASARA LA MANO POR LA ESPALDA EN HORIZONTAL DE UNA MUJER) ¡uuaahh, rugía como los vientos del Atlántico! ¡y su culito siempre estaba ardiendo...siempre me apetecía, siempre...(PAUSA. MIRANDO A LOS DEMAS MUY SERIO) ¡no debimos hacerlo!

MATEO.—(LEVANTANDO LA CABEZA DEL MAPA Y MIRANDO EL LETRERO MEDIO CAÍDO) Esa parece una “A” que junto con ésa que sería algo así como una “V” y esa que es una “L”... “vaksál”...

OLIVER.—Eran demasiado llamativas, aparecer con ellas era una invitación a que los tíos de cualquier pueblo se lanzaran para comérselas, pero antes quitándonos del medio a nosotros. Había que elegir.

ENRIQUE.—¡Por la noche siempre coge frío!..y para animarla hay que tirarse horas por las mañanas hasta que se pone en marcha, ¡Uhhmm! (TOCÁNDOSE LA ENTREPIERNA) no veas si había que echarle empeño...

OLIVER.—Pues un asunto menos de que inquietarte cada día.

MATEO.—¡El diccionario!(METE LA MANO EN LA MOCHILA Y SACA UN DICCIONARIO) ... tren...“póiesd”

ENRIQUE.—¿Cómo puedes ser tan insensible?

OLIVER.—¿Y tú cómo puedes ser tan visceral? Por culpa del dinero que hemos gastado en ellas hemos tenido que estar medio viaje durmiendo en tugurios y comiendo porquerías de todo tipo...

ENRIQUE.—Gastarse la pasta en algo bonito es un placer porque aumenta la autoestima masculina...a mi me chorreaban los bolsillos con sólo verla sonreír...y se me calentaban los dólares cada vez que la miraba, allí...apostadita en la puerta, esperándome toda orgullosa de su cuerpo...

OLIVER.—Pues a mi, con la mía, me entraba un nudo en el estómago cada vez que tenía que invitarla a comer...¡no veas cómo tragaba la muy zorra!

MATEO.—Porque éste es el norte y habíamos dejado la tercera colina hace rato y claro...esto aunque esté medio caído debe ser algo...

ENRIQUE.—¡Su voz, su cuello y... montarla una vez y otra!...¡no, no voy a olvidarla por mucho que os empeñéis!

MATEO.—¡Joder, Enrique, que es una moto!

ENRIQUE.—¡Nadie me hizo tan feliz, nadie!

OLIVER.—¿Hemos llegado o no?

MATEO.—Parece que sí porque allí está la fuente que nos dijeron hace exactamente (SACA DE SU BOLSILLO UN G.P.S. Y LO MIRA) 10 kilómetros con setenta metros.

OLIVER.—¡Bien, entonces a descansar! (SUELTA LA MOCHILA EN EL SUELO)

MATEO.—(MOVIENDO EL MAPA) No estoy seguro. Esto debería ser ya el Aral, no una estación.

ENRIQUE.—¿No ves ese trapo rojo que parece un estropajo colgando de ahí? (LEVANTADO EL BRAZO) Lo que ha quedado del proletariado ¡ Viva el Ché!

MATEO.—Sí...

ENRIQUE.—¿Y ves esa basura tirada por el suelo? (MATEO ASIENTE CON LA CABEZA) Lo que queda de la revolución, ¿Y el hedor que se respira en el ambiente? Eso es la justicia social. No hay dudas, hemos llegado, ¡ésta es la estación!

OLIVER.—¡Pues nada, a esperar! A ver si tenemos suerte y para el domingo estamos ya en el Caspio...¡estoy loco por salir de Asia! (SE TUMBA EN EL SUELO)

MATEO.—¡Yo también estoy harto de este viaje! Cuando llegue a casa lo primero que voy a hacer es comer algo prefabricado, repleto de colorantes, conservantes y nada que tenga ni media vitamina...algo con lo que tenga la certeza de que ni es sano ni natural.(SE SIENTA, DEJA EL MAPA Y LA MOCHILA EN EL SUELO Y SACA UN LIBRO QUE EMPIEZA A OJEAR)

OLIVER.—Pues yo me muero por tener una cita normal, de esas con tías que traen un sujetador a juego con las bragas...

ENRIQUE.—(SECÁNDOSE EL SUDOR DE LA FRENTE) Por lo que a mi respecta, yo desearía enamorarme de nuevo...encontrar a “Baby-Love 2” ...la vida siempre da una segunda oportunidad a quien ha amado de verdad.

MATEO.—¿Y qué os parece comerse un buen helado de chocolate?
(MATEO Y OLIVER EXCLAMAN APASIONADOS)

OLIVER.—¿Y qué pensáis lo de no pasar ni frío, ni hambre, ni calor?
(VUELVEN A EXCLAMAR)

ENRIQUE.—¡Joder, no ha sido para tanto!

MATEO.—¡Y volver a la puntualidad! Dejar los barrizales de términos como ahora, luego, cuando el sol se ponga, cuando la vaca dé a luz...

(ENRIQUE SE PONE DE ESPALDAS AL PÚBLICO PARA ORINAR)

ENRIQUE.—¡Qué alivio!

OLIVER.—¡Y no tanta lluvia...que ya me he mojado para el resto de mi vida...aunque en la última etapa del viaje no ha estado mal!

ENRIQUE.—(DE ESPALDAS) ¡Pero mira que sois primitivos! Tenemos la suerte de estar aquí dando un viaje por el mundo, y no como la mayoría de la gente, que están en fábricas, en oficinas que parecen cuevas, donde ni ven el cielo, ni les da el aire...están como ratas, unos sobre otros y mordiéndose.

MATEO.—Mira, Enrique, ya llevamos ocho meses y a esta altura yo necesitaría un descanso...¡además no te mees ahí que vamos a dormir aquí!

OLIVER.—¡No gastes saliva! Sería nuevo que Enrique pensara en el prójimo.

ENRIQUE.—¡Qué más da si todo esto ya está hecho ya una mierda!...¡Pues hacemos el puto descanso! ¿No veis que el tiempo nos pertenece? No como a los occidentales; que sus horas se las comen el trabajo, la familia y la televisión. Pararemos quince días al llegar a Estambul.

MATEO.—¡Antes! ¡Yo ya no puedo más!

ENRIQUE.—¡Pararemos en Estambul, no se hable más!

OLIVER.—¿Y por qué siempre donde dices tú?

ENRIQUE.—No voy a explicarte lo evidente, así que lo haremos simplemente porque me da la gana (ECHANDO TIERRA DONDE ORINÓ)

OLIVER.—No nos quedamos en Egipto, donde yo quería, pero sí en Benarés, ¿a qué sí? Porque te dió la vena mística y había que chapotear en el Ganges día sí y día también...¡Estoy hasta los cojones!

ENRIQUE.—Como hubiera dicho Sri Aurobindo, estaba en la búsqueda de la verdad suprema del ser, luz eterna que da a la existencia su orientación definitiva.

MATEO.—Tiene razón, no sé para que hemos tenido que recorrer el centro de Asia. Estoy cansado de tanta aventura. Desde Estambul cogemos un avión cueste lo que cueste.

ENRIQUE.—¡Pero nuestro pacto era hacer algo diferente para meterlo en la memoria para siempre! ¿os acordáis? ¡y ver colores!... y no la luz blanca de un plafón como única identidad del día o de la noche. No íbamos, después de tanto tiempo planeando esta escapada, a hacer un recorrido de folleto de agencia de viajes...

OLIVER.—(A MATEO) ¿Y te acuerdas lo de Bangkok?...no me dejó un par de días más con aquella chica que tanto me gustaba.

ENRIQUE.—¡Pero si no te hacía ni caso!

OLIVER.—¿Y tú qué sabes?

ENRIQUE.—Porque no me quitaba ojo.

MATEO.—Sí, era muy guapa aquella chica, pero que muy guapa...

OLIVER.—Sí...según tú, todas te miran a ti...pero deberías saber que nos lo pasamos muy bien la última noche.

ENRIQUE.—¡Sí, sí..seguro...! además, tú no vales para esas cosas...tú no sabes follar sin encoñarte primero...y en todo caso debe ser al revés.

MATEO.—¡Enrique, deberías ser más comprensivo!... tú tienes a Maria que te espera y te crees que las cosas son fáciles...tus consejos no han funcionado y la prueba es que estamos aquí...en medio de ninguna parte.

ENRIQUE.—¡Éste durmió solo, te lo aseguro!

OLIVER.—(A ENRIQUE) Pues es posible que te equivoques (METE LA MANO EN LA MOCHILA Y SACA UN SUJETADOR)...un pequeño souvenir que me regaló...

ENRIQUE.—¿A ver? (LO COGE)...¡Una noventa! ¡Uauhh! ¡Las tenía más grandes de lo que pensaba!...¡Mi novia tiene las tetas igual de infladas! (HUSMEA EN EL SUJETADOR) ...Huele a hembra...

OLIVER.—No eres el único hombre sobre la tierra.

ENRIQUE.—Pero me sigue funcionando la cabeza cuando tengo una tía delante.

OLIVER.—Yo las respeto...no como tú.

ENRIQUE.—Ya me comentó María en su último email que te utiliza de consolador a distancia, ¿no?

OLIVER.—La animo un poco, nada más (CON RONÍA). Le comento que tenga paciencia, que algún día serás tú quien le dé y no quien le quite; que no se tome tan a la tremenda tus putadas, que muy en el fondo eres una buena persona. Deberías darme las gracias.

ENRIQUE.—¡Que te jodan!

MATEO.—¡Basta ya!

ENRIQUE.—(RIÉNDOSE) Espero que no le cuentes lo de mi última diarrea, eso podría quitarme sex-appeal, recuerda que cuando vuelva tengo que lidiármela de vez en cuando.

OLIVER.— ¡Contigo no hay nada a medias. Eres un completo gilipollas!

ENRIQUE.—La próxima vez le dices que me han salido unos sarpullidos en las manos y que por eso no puedo ir al café internet porque como soy tan cívico que no quisiera pegárselo a alguien.

OLIVER.—No, lo único que se me ocurre decirle es la suerte que tiene de tenerte lejos.

MATEO.—¡Estoy completamente triturado! (ABANICÁNDOSE CON LA GUÍA DE VIAJES) ¡Yo lo que quiero es volver a casa! ¡Así callaos y no me provoquéis un dolor de cabeza como hacéis de costumbre!

ENRIQUE.—¡Tú tan flojo como siempre! ...no pasa nada, Mateo, lo que ocurre es que María me quiere tener amarrado y por eso le caliente la cabeza a éste...¡si supieras de lo capaces que son! Al principio muy dóciles pero luego son parásitos, te chupan toda la libertad que pueden...¡pero qué calor hace aquí!...¡dame el agua, anda!

MATEO.—(LE PASA LA CANTIMPLORA) Ahí la llevas pero cuando te la bebas te tomas la molestia de ir a la fuente (SEÑALANDO) o llenarla de la garrafa.

ENRIQUE.—¡Uaark! Está super caliente...hay que tirarla y llenarla de nuevo.(PAUSA)
¡Hay que joderse!...me he quedado sin ir a Nepal por vuestra culpa, puedo hacer un mapa-mundi de cafés-internets y encima soy un demonio...sí es que baby-love era la única que me entendía...

MATEO.—¡Pásamela! (BEBE)

ENRIQUE.—Ahora la llenas tú.

OLIVER.—¡El listo de siempre!

MATEO.—¿Qué más da? (PAUSA) Pues yo salvo a Alberto, con poca gente contacto, la verdad... lo mejor de este viaje ha sido el alivio de no saber nada de mi familia.

ENRIQUE.—Luego me cuentas lo que el estirado de Alberto te dice...el tío no se ha dignado ni a mandarme un email...mira todas las familias son del estilo, pero al menos a ti te han dado el dinero para venirte, ¿no? Tus viejos se han portado.

MATEO.—Sí, porque a ellos también les convenía.

ENRIQUE.—A todo el mundo le duele soltar la pasta, sobretodo si no le sobra.

MATEO.—Que la adelanten para cuando se pueda disfrutar, ¿No? Además, es una indemnización por lo que les llevo aguantado.

OLIVER.—¡Dame! (COGE LA CANTIMPLORA Y TAMBIÉN BEBE)...¡Está asquerosa!

ENRIQUE.—¡Pero si viven por ti!...¡estás hecho un sultán! que si el niño por aquí, que si el niño por allí... pareces un anuncio de pañales, ¿Están por ahí las galletas?...si supieras lo que es tener siempre la colada por hacer y el frigo vacío te darías cuenta de lo que te digo.

OLIVER.—¡Para sultanes está la cosa! (PAUSA) pero todo eso no es asunto tuyo.

ENRIQUE.—¿Ah, no? Le dan la pasta para lo que le sale de los cojones y encima se queja? Pues alguien tendrá que decírselo, vamos, digo yo...

MATEO.— (BUSCA EN LA MOCHILA Y LE DÁ LAS GALLETAS) ¡Calla!...nada va a ser como antes, te lo aseguro...voy a dejar de ser manejable...y este viaje al contrario de lo que piensan, no es como la mili que me va a hacer un hombre!...van a ver muchos cambios a mi vuelta...estoy deseándolo... ¿Nos hacemos unos sandwiches de patatas fritas?

ENRIQUE.—(COME) Sí, yo quiero uno. Cambiarás tu vida pero con su dinero.

OLIVER.—Eso no te incumbe.

MATEO.—Buscaré trabajo y por fin me iré de casa.

ENRIQUE.—¿Ah, sí? Un trabajo mal pagado de catorce horas y un estudio en las afueras con hora y media de desplazamiento...eso sólo lo aguanta alguien asediado por la necesidad, y no es tu caso, así que no llegarás al segundo mes.

OLIVER.— Mateo es un tío super listo y se las sabrá apañar solo, no eres tú el único que va a tener suerte en la vida.

ENRIQUE.—Yo no sólo tengo suerte sino también talento. A éste le falta despabilarse y al mundo le queda hacer huecos que no sean en el barro...

OLIVER.—No exageres...

ENRIQUE.—¡Es que se queja siempre! Que no pero sí, que alomejor pero tampoco, que soy rebelde porque se me ha roto el pantalón, que soy Indiana Jones porque hace cuarenta grados y tengo una sombra...que mi casa, que mi casa como E.T...

MATEO.—¡Enrique, no te pases!

(MATEO PREPARA UNOS SANDWICHES CON UNA BOLSA DE PATATAS FRITAS)

ENRIQUE.—¡Que a volverse en el primer avión desde Estambul, que ya no puede más!...¡joder!

OLIVER.—Y tiene razón, nos vamos...en Estambul esto se acabó. (A MATEO) Hazme uno para mi también, por favor.

ENRIQUE.—(MIENTRAS COME GALLETAS) ¡Iros a la mierda los dos! Yo seguiré con o sin vosotros. Pero terminar no será tan fácil, ya veréis, la vida, por mucho que intentemos dominarla siempre termina haciendo lo que le de la gana.

MATEO.—Encontraré algo en condiciones, ya verás. (LE DA EL SANDWICH A ENRIQUE Y A OLIVIER)

ENRIQUE.—¡Eso llevabas diciéndolo un año antes de salir! Pero sigues enganchado con los libros, de cursillo en cursillo y en la lista de parados, eso sí...con un Golf último modelo.

MATEO.—¡Es la tesis doctoral!

ENRIQUE.—¡Tonterías que no dan dinero!

OLIVER.—(COGIENDO EL SANDWICH) El que el rollo de los ordenadores te fuera bien no significa que a tu vuelta vaya a ser igual.

ENRIQUE.—Ya veremos...¡es que sois unos negados!...Tú con tus ahorritos de mierda y él con papá y mamá...bueno, al menos éste sirve para equivocarse leyendo mapas, tú ni eso...tendríamos ya que estar en Schevchenko y después Baku pero mira por donde andamos...

MATEO.—Lo siento

OLIVER.—¡Al menos hace algo!

ENRIQUE.—(COMIENDO EL SANDWICH) ¡Pues que lo haga bien! y la próxima vez espero que te dejes de geopolítica y lleguemos a un lugar tomando la línea recta...tu lista de conflictos mundiales es más larga que la de la ONU.

OLIVER.—(COMIENDO) La prudencia tampoco está tan mal.

ENRIQUE.—¡Pero Baby-love ha muerto por su culpa...o lo que es peor...será de otro...como antes de mis besos!

OLIVER.—¡Te juro que a la vuelta del viaje no volveré a ver a este tío!

MATEO.—¡Dejémonos de discusiones y vamos a dormir una siesta, que no veas qué calor hace aquí!...¿Y el agua?

(APARECE SILVÁN. BEBE COLA DE UNA LATA. DA EL ÚLTIMO TRAGO Y LA TIRA. LLEVA UNA CÁMARA DE FOTOS COLGANDO)

SILVAN.—/¡Dóbrii viécher!/
/

MATEO.—/Priviét/
/

SILVÁN.—/Atkúda vi?/
/

ENRIQUE.—¿Qué dice?

MATEO.—¡Y yo qué sé...habla muy rápido!

OLIVER.—Debe ser el acento..

MATEO.—/Ya nié gavariú pa-rúski/
/

SILVÁN.—¡Vaya...niñitos europeos que se han perdido por aquí!

ENRIQUE.—Un poco borde pero al menos se le entiende.

SILVÁN.—(SACA UNA PISTOLA Y EMPIEZA A JUGAR CON ELLA) ¿Y qué hacen ustedes por el Mar de Aral? ¿En busca de aventuras? ¿Mucha novela pirata de adolescente?

(MATEO SE ESCONDE DETRÁS DE ENRIQUE)

MATEO.—(SEÑALANDO A SU SACO) El dinero está en la mochila, sáquela usted mismo, pero por favor, no nos haga daño.

SILVÁN.—¿Y cómo pensáis pagar el tren, idiotas?...¡no quiero vuestro apestoso dinero!...además...os había preguntado qué coño hacéis por aquí...¿no sabéis que este sitio no es apto para turistas, que es peligroso?

MATEO.—(SEÑALANDO A ENRIQUE DESDE ATRÁS) Son estos, que se empeñaron en explorar Asia...¡con lo bonita que está en los documentales!

SILVÁN.—No quiero volver a preguntar lo mismo.

ENRIQUE.—Estamos de vuelta al mundo, ¿Qué le parece? Él acaba de terminar la carrera, yo he terminado un proyecto en la empresa en la que trabajaba y éste (SEÑALANDO A OLIVER) está en paro y ha vendido la poca herencia de su abuela para venirse con nosotros.¿Satisfecho?

SILVÁN.—O sea que no puedo robaros sin tener cargo de conciencia...en el caso que la tuviera...¡claro!...

MATEO.—No dudamos que es así, Señor...se le nota claramente...

SILVÁN.—¡Pues te equivocas!...aunque estáis de suerte porque yo también he venido a coger el tren.

OLIVER.—Pasa...¿cuándo?

SILVÁN.—Mañana. Temprano casi siempre, así que no durmáis no vaya a ser que no lo oigáis llegar.

ENRIQUE.—(A OLIVIER) Me huele mal tanto paternalismo.

SILVÁN.—Y tienes razón, porque niño...

ENRIQUE.—Me llamo Enrique.

SILVÁN.—(SE SIENTA) ¡Tienes cojones...eso me gusta!...como te decía, Enrique, tienes razón porque estáis en el Mar de Aral y aquí sólo encontrarás desgraciados que han nacido aquí o traficantes como yo.

MATEO.—¿Y con qué negocia?

OLIVER.—¡Calla, Mateo!

SILVÁN.—Depende...heroína, armas...según la estación del año.

MATEO.—¡Como los agricultores...a cada cosecha su recogida!

SILVÁN.—¡Pero os veo tensos....relajaos, que vamos a ser compañeros de viaje...y lo mismo hasta nos volvemos íntimos amigos...¡coño, que he dicho que os relajéis así que tumbaos por ahí! (EMPIEZA A LIAR UN CANUTO DE MARIHUANA)

ENRIQUE.—(TAMBIÉN SE SIENTA) Tengo mis reservas, pero es posible.

SILVÁN.—¡Ochén jarashó!/ Muy bien...¿Queréis? invita la casa. ¿Qué preferís, producto del terreno o de Afganistán? Os aviso que es mejor éste último aunque nuestra vega era conocida en el mundo entero.

ENRIQUE.—Mejor Afgano, ya lo hemos probado por ahí, pero te agradeceríamos que dejaras la pistola en el suelo.

SILVÁN.—Por supuesto, por supuesto, disculpad esta falta de cortesía. (SE LA DÁ A ENRIQUE) ¿A que es hermosa? Una “Glock” nueve milímetros, nada mal, ¿verdad?...¡y si vierais los fusiles Kaláshnikov son para matar de placer!

OLIVER.—Sí, sí, nos lo imaginamos...

SILVÁN.—¿Quieres probar?

OLIVER.—No, gracias

SILVÁN.—Pues deberías.

MATEO.—¿Por qué?

SILVÁN.—(SACANDO DE SU MOCHILA SACA LA LATA, LA ABRE Y BEBE) Hay mucho mafioso por aquí.

MATEO.—¡Joder, qué novedad!

SILVÁN.—Pero no como yo, que soy un profesional sino verdaderos cabrones (BEBE DE NUEVO) ¡Vaya calor que hace!...os volarán la cabeza, después os robarán el dinero y por último os quitarán el pasaporte para venderlo.

MATEO.—Ya os dije que no teníamos que estar aquí, ¿veis?

SILVÁN.—No tienen piedad, les gusta regar con sangre lo que queda del algodón de esta tierra... ¡Bienvenidos a Karakalpakstán!...(LES DA LA MANO) Silván...os he visto de lejos y me he preguntado...¿cómo serán? No hay mucha gente nueva por aquí.

ENRIQUE.—Yo soy Enrique, éste Oliver y Mateo.

OLIVER.—(LE DA LA MANO) Hace mucho que no encontramos a nadie.

ENRIQUE.—Pero mañana habremos cambiado de rumbo.

SILVÁN.—(LE PASA EL CANUTO) ¡Toma!

ENRIQUE.—Gracias (LO FUMA) ¡Muy bueno! (A OLIVIER) ¿Quieres?

OLIVER.—(SE SIENTA. LO COGE Y DA UNA CALADA) Sí...muy bueno...

(MATEO ES EL ÚNICO QUE ESTÁ DE PIÉ Y GUARDA UNA CIERTA DISTANCIA)

SILVÁN.—¿Y tú?

MATEO.—No me apetece, muchas gracias.

ENRIQUE.—Hay poca gente por aquí, ¿No?

SILVÁN.—Emigraron a grandes ciudades, ya sabes que la vocación de campesino está pasada de moda. El momento de gloria cesó. En los cincuenta, los de Moscú decidieron que debíamos ser una potencia mundial en polladas como arroz y algodón, yo creo que lo nuestro era haber sembrado María, ¡pero bueno!...luego se aburrieron porque ya no saben cómo mandar y los rojos se han desteñido ¡Pásamelo!

(OLIVIER LE PASA EL CANUTO)

MATEO.—¿Y tú llevas aquí mucho tiempo?

SILVÁN.—¡Cuando decidí cambiar de vida! Lo otro no me llenaba...no tenía sentido.

MATEO.—¡No, no nos cuentes lo que hacías antes!

SILVÁN.—¿Tú qué crees?

ENRIQUE.—Que eras cura.

SILVÁN.—(SE RÍE) Por aquí nos hemos quedado sin Dios...era fotógrafo de la BBC... cuando me cabreé con mi jefe andaba por esta zona y por aquí me quedé...yo creo que fue mi sangre italiana, mi abuelo era Siciliano. Conocí a unos tipos que me pagaban bien y después me establecí por mi cuenta (FUMA DE NUEVO).

ENRIQUE.—¿Qué pasó?

SILVÁN.—Me harté del maldito sistema.

ENRIQUE.—¿Y a dónde vas?

SILVÁN.—A Krasnovodsk, de viaje de negocios. ¿Y vosotros?

ENRIQUE.—También al Caspio, debe ser increíble...¿me lo pasas?

SILVÁN.—(LE PASA EL CANUTO) ¡Toma!

MATEO.—¡Vamos al aeropuerto más cercano, eso está claro!

ENRIQUE.—¡Ya está otra vez el miedica éste, nos está dando el viaje, te lo aseguro!

OLIVER.—¡Es que para espabilados ya estás tú...si por ti fuera a estás alturas seríamos prisioneros de guerra por lo menos!

ENRIQUE.—¡Y si hubiera dependido de ti nos habiéramos quedado en la primera palmera que hubiéramos encontrado...joder! Tienes miopía para la vida, sólo eres capaz de moverte en distancias cortas.

MATEO.—¡Basta ya! Dame las galletas, por favor, tengo hambre.

OLIVER.—¡No va a colar lo de ir al Cáucaso, que te enteres...no tenemos dinero ni para que nos secuestren!

ENRIQUE.—(A MATEO) Se han acabado.

MATEO.—¿Es que no puedes pensar en los demás?... hay que ir por comida al pueblo. Se nos han terminado las provisiones y en el tren dudo mucho que vendan algo...

SILVÁN.—/¡Zheláyu schástia!/ ¡Tranquilo que por aquí no siguen los horarios comerciales!

MATEO.—Me muero por un buen helado...

SILVÁN.—La heladería más cercana está a la misma distancia que el restaurante más próximo, a trescientos kilómetros.

MATEO.—¡Hay que salir de aquí inmediatamente!

SILVÁN.—Puedo asegurarte que nunca ha surgido de tu boca una verdad más cierta.

MATEO.—Tengo un problema.

SILVÁN.—(SE RÍE) Sospecho que tienes más de uno....(A ENRIQUE)...Una china, esto es un regalo (LE REGALA DROGA)

ENRIQUE.—¡Qué detalle, tío!

MATEO.—(MIRA EL MAPA) El mapa éste está equivocado porque dice que deberíamos estar en el Aral, ¿dónde está la orilla?

SILVÁN.—(COGE EL MAPA) Veamos...Muinak está aquí, entonces...unos kilómetros más, ¿Ves? Justo aquí...lo malo de los mapas es que quienes los hacen nunca salen de su casa. (LEVANTANDO LA PISTOLA) ¡Estos son los únicos mapas que valen, lo demás es soñar...! yo en vuestro lugar me aseguraría la vuelta a casa. Podría ser una noche muy larga si alguien os visita.

MATEO.—Con un invitado es más que suficiente.

ENRIQUE.—¿Cuánto quieres por ella?

SILVÁN.—Mucho.

OLIVER.—Supongo que no aceptará tarjeta de crédito.

SILVÁN.—Pues no...ya os dije que no quería vuestro dinero, aquí no vale nada.

MATEO.—¡Son dólares, con la cara de Georges Washington! Reserva Federal, auténticos, auténticos! (SACA UNO Y LO MUESTRA)

SILVÁN.—(SE LEVANTA Y ESCUPE EN EL BILLETE)

MATEO.—¡Bueno, yo...!

SILVÁN.—(VUELVE A TUMBARSE Y EMPIEZA A LIAR OTRO CANUTO)

OLIVER.—No nos hace falta un arma. Nos puede traer más problemas que otra cosa.

MATEO.—Estoy de acuerdo

ENRIQUE.—¿Y entonces qué quieres?

SILVÁN.—El oro que llevéis encima.

ENRIQUE.—(TOCÁNDOSE LA MEDALLA QUE LLEVA EN EL CUELLO) ¿Esto? Te anuncio que es una virgen que me regaló mi novia para el viaje. ¡Tómala! Yo no tengo nada más.

OLIVER.—Yo no quiero.

ENRIQUE.—¡Dáselo!

OLIVER.—(SACA ALGO DE LA MOCHILA) Esto era un regalo para mi madre, es un colgante (SE LO TIRA)

SILVÁN.—¿Y tú?

MATEO.—No tengo nada.

SILVÁN.—No te creo.

MATEO.—Te juro es verdad.

ENRIQUE.—¡Déjalo en paz! ¡Ya tienes bastante!

SILVÁN.—¡Venga, dámelo...si no vas a poder defenderte de los lobos de la noche! Vendrán a por vosotros.

ENRIQUE.—¡No tiene nada! ¿No lo ves?

SILVÁN.—¡Podrás comprar más a tu vuelta, no pasa nada! A mi me sirve lo que tú tienes y a tí lo que yo tengo...vamos, sé que eres un chico inteligente, no provoques que no haya trato y te arrepientas cuando sea tarde.

ENRIQUE.—¡No nos quedamos la pistola, ya nos las apañaremos!

OLIVER.—¡Venga, Mateo, dáselo!

(MATEO SACA ALGO DE LA MOCHILA Y SE LO DA A SILVÁN)

SILVÁN.—¡Un anillo de compromiso, qué preciosidad!...¡Veamos qué dice!...: “Te amaré siempre, Alberto”...¡vaya, vaya!

ENRIQUE.—¡Joder! ¿por qué no me lo habías dicho?

MATEO.—¡Dejadme en paz! (SE VUELVE DE ESPALDAS)

SILVÁN.—(A ENRIQUE) Para que tuvieras el culo siempre en su sitio...

OLIVER.—Mejor será que te vayas.

SILVÁN.—Como queráis, pero ni os imagináis lo que os puede llegar a agradar mi compañía.

ENRIQUE.—(A MATEO) ¡Eres un maldito hijo de puta! ¿Lo sabías?

SILVÁN.—(CON TONO JOCOSO) Le vas a hacer llorar, esta gente es muy sensible.

ENRIQUE.—¡Es que se folla a mi hermano, no me digas que no es para cabrearse!

SILVÁN.—¡Y yo jodí con una cabra que vi sola un día...si tú supieras lo que uno tiene que tirarse por aquí! A mi me parece que es mejor lo de éste, por lo menos es más higiénico.

MATEO.—Nos queremos

ENRIQUE.—(PEGANDO UNA PATADA A UNA PIEDRA) ¡Joder qué mierda! (SE PONE DE ESPALDAS)...¡esto es una mierda, una pasada de cojones!

SILVÁN.—(RIÉNDOSE) En ese caso te dejo el anillo de tu amado...y a cambio, porque como yo soy tan generoso...me das...me das...por ejemplo esa puta de garrafa que me va a venir muy bien. ¿Está llena?

OLIVER.—Casi. Le quedan 9 litros.

(ENRIQUE SE CALMA Y SE QUEDA DE ESPALDAS)

MATEO.—No, nos va a hacer falta en el viaje. Toma el anillo.

SILVÁN.—¡No, hombre, no!...¡después de esto, no! Recuerda que soy inglés y en el fondo un caballero. Además, no la necesitáis porque tenéis la fuente y mañana pasa el tren, que al fin y al cabo no es tan prehistórico como para no acepten vuestros dólares.

MATEO.—No quiero que te lleves la garrafa.

SILVÁN.—¡Que sí hombre, que no pasa nada...(LA COGE) y además os devuelvo lo vuestro...tomad! (OFRECE LOS OBJETOS DE ORO)

MATEO.—¡No!

SILVÁN.—¿Y tus recuerdos?

OLIVER.—Nos apañaremos sin ella, no te preocupes. Hay una fuente enfrente...¡y total para una noche!

MATEO.—¡No!

ENRIQUE.—(HISTÉRICO) ¡¡Que se lleve la puta garrafa!!

SILVÁN.—El jefe manda. Bueno, ya que no os ponéis de acuerdo me llevo el oro, sólo va a servir para que os peleéis! Aquí os dejo la pistola; tiene el seguro echado, (A OLIVIER) ¿sabéis cómo funciona?

OLIVER.—Gracias, ya nos arreglamos.

SILVÁN.—Está sobrada de munición.

OLIVER.—Muy amable.

SILVÁN.—(CON LA PISTOLA EN LA MANO Y MANEJÁNDOLA). Os enseñaré el ritual: Atrás, arriba (APUNTANDO), el polvo y el cielo.¿Veis?

OLIVER.—¡Cuidado!

ENRIQUE.—¡Que se vaya porque igual tengo que estrenarla...que se vaya!

SILVÁN.—De acuerdo, adiós, nos veremos mañana. Ha sido un placer...por cierto, respecto a vuestra estancia aquí, voy a daros un consejo: no bebáis de la fuente, está contaminada, como todas por aquí, como cada mísera gota que vomita esta tierra. Si la tomáis, moriréis en horas.(SE RÍE) ¿Qué creíais, que el agua no valía nada? Que paséis una buena noche y cuidado con las tormentas de polvo.

(LOS TRES SE MIRAN ASOMBRADOS)

(TELÓN)

ACTO II

Cae la tarde lentamente. Los personajes siguen enclavados en la misma estación, esperando que pase el tren. La configuración del escenario no ha variado, tan sólo puede apreciarse sus mochilas abiertas y sus pertenencias tiradas por el suelo. Es evidente que se han relajado en el lugar y es posible que alguno se haya quitado la camiseta (para delirio de algún espectador) y las botas de marcha.

MATEO.—¿Y ahora qué hacemos?

OLIVER.—No lo sé...(SE ACERCA A LA FUENTE)...El agua está negra...podrían ser aguas fecales o desechos de cualquier barbaridad.¿Cómo no nos hemos dado cuenta?

MATEO.—Porque estamos muy cansados.

OLIVER.—¡Joder, me da asco con solo mirarla! Estamos en un verdadero apuro. ¿Nos quedan pastillas potabilizadoras?

MATEO.—Ni una

OLIVER.—Hay que hacer algo...

ENRIQUE.—(CON TONO IMPERTINENTE) ¡Ir al pueblo!

MATEO.—¿Y si no aceptan los dólares?

ENRIQUE.—Pues les ofreces tus servicios, que ya tienes experiencia...

OLIVER.—¡No empieces a montar el número!

ENRIQUE.—Y tú eres igual que él...¿no? siempre tan amable y considerado, poniendo la chaquetita a las chicas, levantándote de la mesa cuando se ponen en pié como si fueras de la aristocracia...y no eres más que un muerto de hambre...ya se lo comenté a mi novia un día: “¡Mira María, un hombre no es así, déjate de cuentos...seguro que es maricón!”

OLIVER.—¡Cállate!

ENRIQUE.—¡Y no eres más que un muerto de hambre!

MATEO.—¡Basta ya!

ENRIQUE.—¡Mira que llevo durmiendo más de medio año al lado de dos...para enterarme ahora de esto...seré gilipollas!

MATEO.—Sólo soy yo...y tampoco lo tengo claro porque mírame donde estoy, en vez de estar donde debo. Tu hermano está tan harto de este viaje como yo.

ENRIQUE.—(LO COGE DE LA CAMISA) ¡Y por eso te han largado tus viejos! ¿no? ¡Que los pobres curran en una panadería doce horas al día para pagarte las vacaciones y así dejes a mi hermano en paz! (LO TIRA AL SUELO)

MATEO.—Él lo era mucho antes que yo, recuerda que me saca cinco años.

ENRIQUE.—¡Pero si le tiró los tejos a mi novia y le tuve que partir la cara! ¿Cómo coño quieres que me lo crea?

OLIVER.—¡Pues es verdad!

ENRIQUE.—(GRITANDO) ¡Que te calles, joder. Esto es entre éste y yo!

MATEO.—¿Te acuerdas de Daniel, su amigo de toda la vida? Pues fue su primer novio.

ENRIQUE.—¡Cuidado con las palabras que empleas! ¿Entendido? ¡Mi hermano no ha tenido nunca eso!

MATEO.—Pues un partner.

OLIVER.—¡Una moto, ha tenido una moto!

ENRIQUE.—(PEGANDO PATADAS CONTRA LA PIEDRA OTRA VEZ! ¡Ya estoy harto, harto y harto, esto es asqueroso! (SE PEGA UN GOLPE Y SE HACE UN ESGUINCE. CAE AL SUELO! ¡El pié!

MATEO.—(SE ACERCA) Saca el botiquín de mi mochila, por favor.

ENRIQUE.—¡No te acerques a mi!

MATEO.—En caliente se cura más rápido.

ENRIQUE.—¡Lo único caliente va a ser tu pellejo cuando te lo estire y lo seque al sol!

OLIVER.—Vámonos al pueblo hasta que se calme...(LE PONE LA MANO EN LA ESPALDA Y LE AYUDA A LEVANTARSE) ¡Adios!, y fúmate un poco de hierba para tranquilizarte porque no es tan grave. Tus discursos últimamente se amoldan perfectamente a la ultra-derecha, así que quítate ése pin del Che que llevas puesto.(A MATEO) Vamos, no pasa nada.

(OLIVER Y MATEO SE ALEJAN. ENRIQUE SACA UNA PASTILLA Y LA TOMA. DESPUÉS COMIENZA A LIAR UN CANUTO)

ENRIQUE.—(GRITANDO SOLO) ¡El Che tenía dos cojones y siempre tuvo una tia a su lado! ¿Me entendéis? ¡Tenía un par de huevos! ¡No como vosotros, capullos de mierda!

(OSCURO)

(VUELVEN OLIVIER Y ENRIQUE SUDANDO Y JADEANTES. ENRIQUE TUMBADO, CON EL PIÉ VENDADO CON UN PAÑUELO)

ENRIQUE.—Hola...

OLIVER.—¿Qué tal vas?

(ENRIQUE NO RESPONDE. SE DA LA MEDIA VUELTA)
(MATEO SE TUMBA DE ESPALDAS A ENRIQUE)

OLIVER.—¡Me encanta viajar, es de lo más relajado, contigo siempre hay paz y tranquilidad!

ENRIQUE.—¡Y además se entera uno de cada cosa!

OLIVER.—En este grupo si uno está mal, lo estamos todos. Así que tenemos que resolver esto.

(SILENCIO)

OLIVER.—Volvamos a empezar....¿Qué tal vas?

ENRIQUE.—¡Psi! (SILENCIO. SE DA LA VUELTA)

OLIVER.—Vamos a acabar mal...entiéndelo....tenemos que seguir unidos, déjate de capulladas para cuando llegemos a casa. ¡Ya está bien de tonterías! Tenemos problemas más importantes que ése.

ENRIQUE.—Tienes razón....(PAUSA) Tengo sed y me duele bastante...¿Cómo os ha ido por el pueblo?

OLIVER.—No hay nadie, están las casas completamente huérfanas, la falta de ruido da una sensación de cementerio.

ENRIQUE.—(SIN MIRARLOS A LA CARA) ¿Habéis registrado todo aquello?

OLIVER.—Está todo limpio, se ve que lo han saqueado más de una vez. Estamos en un verdadero un desierto.

ENRIQUE.—Era una ruta difícil.

MATEO.—¡Ha sido por mi culpa!

ENRIQUE.—Fui yo quien se empeñó en venir, y ver los rincones de Asia, como si las esquinas tuvieran algo que contar...y en cambio siempre hay telarañas.

MATEO.—El mapa decía que había un pueblo y una estación.

ENRIQUE.—Y efectivamente hay un pueblo y una estación, que además funciona, que es lo que nos interesa.

MATEO.—No tenemos provisiones.

ENRIQUE.—Sólo hay que esperar a mañana, tampoco es demasiado. Además, por la noche hace frío, estamos cansados y nos dormiremos en seguida...¿Podrías, Oliver...mirar por allí (SEÑALANDO CON EL DEDO) a ver si hay algo de comida?

MATEO.—(ABATIDO) Tengo sed...

OLIVER.—No creo que haya pero...

ENRIQUE.—Por favor.

OLIVER.—De acuerdo (SALE A EXPLORAR LOS ALREDEDORES)

ENRIQUE.—¿Sabes?...He estado pensando y de veras que lo siento.

MATEO.—(VOLVIÉNDOSE HACIA ENRIQUE) ¿En serio?

ENRIQUE.—Sí, cada uno hace en esos temas lo que le da la gana...se la metes o te la meten, ¿qué más da? no soy yo quien tiene que decir cómo tienen que ser las cosas; creo que Oliver tiene razón, me he portado como un fascista...pero te agradecería...

MATEO.—¿Qué?

ENRIQUE.—Que no me contaras lo que hacéis, nada de besos, de manos y de echar de menos. Por favor...miénteme un poco, mi hermano es un macho y punto, ¿de acuerdo? Y a ése ni pío de que te he pedido disculpas.

MATEO.—Bueno (PAUSA) Enrique, para mi también fue una sorpresa enamorarme de tu hermano. A mi me gustaban las tías y de pronto apareció él y me quedé completamente fascinado...pero nunca lo tuve claro. Pensaba que el viaje me ayudaría a conocerme mejor. Pero yo me considero un tío igual que tú.

ENRIQUE.—Ya..

MATEO.—Sin embargo puedo asegurarte que tu hermano sí que es homosexual.

ENRIQUE.—¡Cállate!

OLIVER.—No hay nada si es que ya habéis terminado de hablar. (TIRÁNDOSE EN EL SUELO) ¡No puedo más! (ABANICÁNDOSE)

ENRIQUE.—Yo tengo algo en la mochila, pásamela.(TOCÁNDOSE EL PIÉ) ¡Mierda, cómo duele!...son unos zumos en tetra-brick que compré hace unos días.(OLIVIER LE PASA LA MOCHILA. ENRIQUE LA ABRE Y REPARTE TRES ZUMOS) treinta y tres centilitros todo para vosotros...no abuséis, ¿eh?

MATEO.—Gracias.

OLIVER.—(MIRANDO EN SU MOCHILA) A ver si yo tengo algo...no...nada...pero...¿dónde está el sujetador, lo has cogido tú?

MATEO.—Ya aparecerá, deja de que las aguas se calmen un poco.

ENRIQUE.—Me gustaría que hicieras algo por mi...cúrame el pié, por favor, no quiero quedarme cojo de por vida por una tontería...

MATEO.—(MIRA EL PIÉ) Lo tienes muy hinchado.

ENRIQUE.—Se me bajará la inflamación, sólo hay que esperar un par de días, he comenzado con el anti-inflamatorio.

MATEO.—Sujétate a mi, te voy a poner sobre aquellas rocas para que apoyes la espalda.(LE AYUDA A INCORPORARSE Y A PATA COJA SE COLOCA EN UN RINCÓN DEL ESCENARIO DONDE MATEO EMPIEZA A VNDARLE. OLIVIER LEE UN LIBRO).

ENRIQUE.—(A MATEO) Siempre está liado con el mismo libro, debe sabérselo de memoria.

(APARECE SILVÁN HACIENDO FOTOS DE NUEVO)

SILVÁN.— ¡Piridái priviet fsiém!/ Así que sabes leer...¡vaya una sorpresa!

OLIVER.—¡Déjame en paz!

SILVÁN.—Como parece idiota al lado de estos, pues...no me lo esperaba...compréndeme.

ENRIQUE.—Ya está otra vez aquí el cabrón ése...

MATEO.—(VENDÁNDO EL PIÉ DE ENRIQUE) Me pone de los nervios verle aquí.

OLIVER.—¡He dicho que me dejes en paz!

SILVÁN.—(ENFOCA CON LA CÁMARA) Una sonrisa de moribundo...¿vale?...¡no, más cara de mala hostia, eso se paga mejor!

OLIVER.—¡Serás hijo de puta!

SILVÁN.—Mira, ya en serio...tú vales más que ellos, te lo digo yo que sé mucho de mundo. Contigo las distancias son más cortas porque a ellos les pesan cosas que a ti no te pesan.

OLIVER.—No quiero hablar contigo.

SILVÁN.—Yo reconozco en seguida la madera que no arde con el fuego.

(OLIVER NO LE HACE CASO)

SILVÁN.—Tú vas a llegar lejos si me escuchas...yo sí sé lo que tú quieres...lo huelo desde hace millas.

OLIVER.—Déjame...

SILVÁN.—Te ofrezco un buen contrato...un litro de agua a cambio de que me escribas en un papel la dirección de estos.

OLIVER.—¿Para qué?

SILVÁN.—Negocios. Tenemos que dar una falsa pista a la Interpol, nos vienen jodiendo mucho últimamente, nos están bloqueando mucha mercancía en las fronteras...y esos dos tienen una cara de payasos excelente.

OLIVER.—¡Vete a la mierda!

SILVÁN.—Es muy pronto para pactos, ya hablaremos, sobre todo cuando la sed apriete.

ENRIQUE.—¿De qué hablarán estos? ¡Oye tú, sádico de mierda, lárgate de una vez o te meto una bala en el culo!

SILVÁN.—¡Tengo escondida el agua en el pueblo, así que no te pongas chulo que ese residuo que te he vendido no sirve ni para matarme!

MATEO.—Me parece que no va a ser posible lo del libro de reclamaciones, ¿no?

OLIVER.—¿No has tenido ya bastante?

SILVÁN.—(CAMBIA EL TONO) Me aburría...venía a investigar cómo vais tirando...(PAUSA) Así que eres un poca cosa en la vida...he escuchado lo que te dijo aquel, estaba en las rocas...pero eso tiene solución, créeme.

(OLIVER HACE QUE NO ESCUCHASE Y SE VUELVE DE ESPALDAS Y SIGUE LEYENDO EL LIBRO)

SILVÁN.—Mira, chico, los perdedores como tú sólo tienen una alternativa...convertirse en sanguijuelas y chupar...bueno, en este caso poca cosa porque líquido en el cuerpo os queda una mierda. (ENFOCA CON LA CÁMARA) Sonríe ahora, por favor.

OLIVER.—(MIRANDO A LA CÁMARA) Debe ser muy cansado ser tan mala persona, ¿no?

SILVÁN.—Tú has de despertarte porque si no, acabarás en un sitio como éste....te subo a litro y medio...¿qué te parece?

ENRIQUE.—(GRITANDO) ¡Oye, tío! ¿qué rollo es ése de tanta foto?

SILVÁN.—Cuestión de hobbies.(LE HACE UNA FOTO) Adoro la miseria humana, no te haces una idea de lo que he metido dentro de esta lente, es algo absolutamente fascinante: las guerras, los exterminios, las epidemias...y la sed, sobretodo la sed...¡uhm!

ENRIQUE.—Aquí no hay de eso.

SILVÁN.—¿A no? Tenéis una puta pistola pero no tenéis agua...y el mundo, pedazo de gilipollas, se está deshidratando...te lo digo yo...(TOCA LA CÁMARA) Ésta lo sabe muy bien. Y como os he tomado el pelo, pues vengo a divertirme un rato porque sois el único circo que hay por aquí.

ENRIQUE.— ¡Hombre, tampoco somos tan graciosos!

SILVÁN.—Os dejáis tontear por el primero que llega...hay que ser un poco más avisado...(TOCÁNDOSE EL OJO) ¡Tener vista!...(A OLIVIER) Dos litros y no se hable más. Escríbeme todos los datos y me los metes en el libro que tienes ahí, estos no merecen tanto sacrificio.

OLIVER.—No.

MATEO.—¡Tú eres el experto en esto de joder a la gente... nosotros en cambio sólo tenemos experiencia en jodernos entre los tres!

SILVÁN.—¡El del helado ha abierto la boca!...mira niño...os paseáis por el mundo con los ojos cerrados y eso de veras que me jode...¿sabías que Europa gasta once mil millones de dólares al año en helado? Es decir, dos mil millones más que lo que costaría abastecer a la población mundial de agua potable? ¡Pero yo no he hecho más que abriros las fronteras, como sois tan globales pues ahora sois el mundo! ¡Os morís de sed...como él!

ENRIQUE.—Éste tío está tarado, de verdad.

OLIVER.—Un vomitado de la BBC que nos da el telediario...¡genial!

SILVÁN.— Me encanta ver lo bien que os sientan mis discursos... ¿y qué pasa si mañana no viene el tren? Hay retrasos, ya sabéis, por aquí pasa pero a veces no pasa.

MATEO.—¡Eso no puede ser...yo no quiero morirme aquí!

ENRIQUE.—Pero va a pasar...seguro que vienes buscando otra cosa...¿qué hablabas con éste?

SILVÁN.—¿Es que tienes que controlarlo todo?

ENRIQUE.—Pues sí, ¿y qué?

SILVÁN.— (A OLIVIER) ¿Ves?... Pues que despreciar a alguien que está escondido es lo peor que se puede hacer, nunca se sabe cómo va a presentarse.

ENRIQUE.—Somos un equipo.

SILVÁN.—Ese concepto ahora te viene bien, ¿no? Después de haber metido la pata con lo de la pistola y dejar a estos al borde de la muerte.

ENRIQUE.—Ha sido una decisión del grupo.

SILVÁN.—Única y exclusivamente tuya, no quieras escapar de la responsabilidad como imagino que haces siempre.

ENRIQUE.—¡Jódete! Teníamos que defendernos de la noche.

SILVÁN.—La noche siempre te avisa antes de llegar, ¿no lo sabías? Y no sólo es eso sino que además ahora vuelves a errar con la situación...te cuento y te cuento y no te hacen mella mis palabras...no te has enterado de nada, ¿verdad?

ENRIQUE.—Sí, sí... que somos muy malos y que el mundo se muere de sed, los polos se deshuelan y todas las especies menos el pollo se extinguen...¿ves cómo sí que me he enterado?...¡Ah!, y que dentro de dos meses no vuelvo a salir de la Unión Europea de por vida, eso te lo aseguro, confinamiento continental...pero con moto.

SILVÁN.—¡Ah! ¿Eran vuestras las maquinitas abandonadas como a diez kilómetros? pues gracias porque la chatarra se vende muy bien por aquí...

ENRIQUE.—¡Te voy a matar!

(OLIVER SE PONE A LEER CON INDIFERENCIA A LA SITUACIÓN)

MATEO.—¡Calma, Enrique, que sólo son motos!

SILVÁN.—Ojalá empieces a pensar con la cabeza y no con las vísceras.¡Ah, por cierto, muy bonito lo de Baby-love en el tubo de escape; rechinó lo suyo cuando lo desmonté!

(ENRIQUE SE LANZA CONTRA SILVÁN. ÉSTE LE DÁ UN GOLPE Y ENRIQUE CAE AL SUELO)

SILVÁN.—No son buenas las obsesiones que no producen dinero, créeme.

ENRIQUE.—¡Voy a matarte de verdad!

MATEO.— (INTENTANDO TENERLE QUIETO) ¡Olvídala!...además era una desagradecida, no lo olvides.

ENRIQUE.—No, no...¡aparta!

MATEO.—¡ No le sigas la corriente!

ENRIQUE.—¡Dáme la pistola, éste no vuelve a venir por aquí!

SILVÁN.—Creía que habíais tenido tiempo para pensar sobre lo que os rodea.

ENRIQUE.—Sí, aquí tirados y con el anticristo.

MATEO.—Aquí sólo hay polvo. Yo no sé ni dónde estamos ni lo que ha pasado aquí.

SILVÁN.—Lo que fue el cuarto mar del mundo es ahora una bestia que se come lo que encuentra: ha traído el cáncer, las tormentas tóxicas, muerte de los niños...aquí había muchos, ¿sabéis?

ENRIQUE.—¡Pues mira que bien, trabajo que se ahorra la UNICEF!

SILVÁN.— (LE TIRA UN PAQUETE DE DROGA) Invita la casa, calidad extra. Esta mierda es lo único que parece que valoráis.

MATEO.—(A ENRIQUE) No te enfades, si lo haces le alegras el día...mira Enrique, hemos pateado medio mundo y pasado lo nuestro de vez en cuando, así que también superaremos esto si mantenemos la calma.

ENRIQUE.—(RELAJÁNDOSE) Esto nos vendrá bien para venderlo por el camino.

SILVÁN.—Habéis visitado medio mundo y no habéis visto nada...oye...vosotros, os habéis hecho muy amigos, ¿no? ¿Ya te da igual con quién folle éste?...¡Pues haces muy bien!

ENRIQUE.—Nos lo hemos hecho hace un rato ahí detrás...¡lárgate!

SILVÁN.—¡Nunca, nunca me escucháis!...seguís sin atender a las cosas importantes.

MATEO.—Pues sí, nunca había pensado en eso...derrochamos mucho, ¿verdad?
(OLIVER SIGUE LEYENDO INDIFERENTE)

SILVÁN.—Muy bien, muy bien, tendrás un premio por eso.

ENRIQUE.—(A MATEO) ¡Deja de seguirle la corriente, no vas a conseguir ni una gota!
¡Mañana me bebo tres litros a tu salud y con el resto que compre riego todo el recorrido del ferrocarril!

SILVÁN.—Os da igual lo que pase a los demás ¿no? pues a mi me resulta indiferente lo que pase con vosotros; más bien me siento afortunado de daros una lección.

MATEO.—Ya la hemos aprendido, de verdad...¿a que sí, Oliver?

OLIVER.—Paso

SILVÁN.—/¡Saglásien!/ El consumo mundial del agua se dobla cada veinte años, es decir, a un ritmo dos veces mayor que el del crecimiento de la población humana.

ENRIQUE.—¿Y?

SILVÁN.—He estado en muchos lugares...con gente muy diferente. De ellos aprendí qué es lo esencial....pero como os veo poco receptivos lo dejaremos para otro día.

ENRIQUE.—Sí, el de mi reencarnación.

SILVÁN.—¡Pedazo de imbécil! ¡Mil millones de personas no tienen agua potable!....(SE CALMA Y SACA UNA FOTO)...incluido tú. Un consejo...rezad, aunque éste sea un sitio sin Dios...

MATEO.—¡Calla, Enrique! ¿Es que todos van a acabar como nosotros?

SILVÁN.—Yo trabajé mucho en el tema hasta que...

MATEO.—Tiraron tu trabajo a la papelera...

SILVÁN.—Hasta que pasé de ellos.

MATEO.—Creo que ya tengo tema para mi tesis.

ENRIQUE.—¿Y tú encima le haces caso?

MATEO.—¡Déjame en paz, él tiene razón!

SILVÁN.—¡Pues a mi me ha gustado el detalle de que éste decida divertirse haciendo papelitos con esto mientras la gente se muere!

ENRIQUE.—¡Esto es el colmo! Vamos a ver, ¿te sitúas o no? ¿Le canonizamos? ¿Crees que es un nuevo profeta?...¿o es el capullo que nos da catequesis sobre recursos de la biosfera ? ¿Es nuestro verdugo! ¿entiendes?

MATEO.—¡Cállate! El por qué estamos aquí debería hacernos pensar.

ENRIQUE.—¡No, no puedo ser constructivo cuando no me queda ni saliva en la boca! ¡De verdad que los maricones sois la hostia!

OLIVER.—¡No volvamos a empezar!

ENRIQUE.—(LEVANTANDO LAS MANOS) ¡Es que no uno no puede ser fino cuando se está muriendo, joder!

MATEO.—¡Lo que está diciendo tiene la suficiente gravedad como para que lo escuchemos! ¡no hemos aprendido casi nada en este viaje, sólo a comprar postales y a comer basura!

ENRIQUE.—Mira Mateo, hemos visto pobres negros, pobres blancos, amarillos y naranjas...y que yo sepa ninguno nos daba discursitos sobre el agua, así que no entiendo por qué se los tengo que aguantar a éste desterrado.

MATEO.—Porque a esos le hemos dado una moneda si nos caían simpáticos para que se callaran y nunca nos preocupamos de nada más...

ENRIQUE.—¿Y qué pasa? ¡Pues todos tan contentos!

SILVÁN.—En breve los pobres serán los esclavos del agua, trabajarán para pagársela. Las multinacionales se la están apropiando. Ya es palpable que los gobiernos del tercer mundo están chantajeados por leyes de libre comercio que obligan a vender el agua de su gente para revendérsela a precios que ralla la vergüenza.

ENRIQUE.—(HISTÉRICO) ¡Que pases de él!

MATEO.—¡Que no me da la gana! ¡Que estoy harto de ti y de este puto viaje!

ENRIQUE.—¡Te llena la cabeza de pájaros para sacarnos cualquier otra cosa! ¿es que eres tonto? ¿Tú crees que a éste le importa el rollo que nos está soltando?

MATEO.—¡Nos vamos a morir aquí! ¿entiendes? En este viaje sólo hemos aprendido a hacer lo que te da la gana. Así que deja de darme órdenes.

ENRIQUE.—El niño de mamá tiene una opinión...

MATEO.—¡Engreído! ¡Pues sí, el niño de Mamá! ¡Lo soy! ¡ahora sé que tengo esa suerte! ¡Ahora que es posible que no vuelva a verla! (PAUSA) ¡Ahora que no hay agua...como dice él!

ENRIQUE.—¿Y a mi qué coño me importa mientras el agua salga del grifo?

MATEO.—¡Ignorante!

OLIVER.—¡Basta ya!! Deberías escuchar para variar un poco...

SILVÁN.—Tengo cosas que hacer, me espera un cliente...un buen pedido. Bueno, chicos, os dejo, nos veremos mañana en el tren. Antes no, ya me he cansado de vuestras tonterías. Buenas noches, o lo que es lo mismo */Spakóinai nóchi/*, y que la luna os bendiga.

MATEO.—Hasta luego.

ENRIQUE.—¡Que te jodan!

SILVÁN.—(A OLIVIER) Bonito libro (LO COGE ENTRE LAS MANOS), Bien valdría dos litros y medio de agua...(LO ABRE. SACA UNA FOTO) ¡Vaya! ¡Nunca imaginé que pudieras tener una novia tan guapa!

OLIVER.—¡Dámela! ¡No es asunto tuyo!

SILVÁN.—Decididamente no es la mujer que está esperando por ti. Este tipo de conejos se dejan follar por cualquier traje de chaqueta pasado el primer mes.

ENRIQUE.—¿Quién es? ¡Déjame ver!

MATEO.—¡Será una del Playboy, déjalo estar!

ENRIQUE.—¡Dame! ¡Vaya una sorpresa!

SILVÁN.—(A OLIVIER) Ésta es de las que no te puedes fiar, te lo digo yo. (LE PASA LA FOTO)

ENRIQUE.—(COGIENDO LA FOTO) ¡Como todas! (GRITANDO) ¡¿Qué coño haces tú con la foto de mi novia?!

SILVÁN.—(RIÉNDOSE) ¡Ésta sí que es buena!...¡uno se folla a tu hermano y el otro a tu novia! (RIÉNDOSE) Deberías escoger mejor las compañías que eliges en tus viajes.

ENRIQUE.—(CHILLANDO) ¡¡Esto es increíble!!

(SILVÁN ESTÁ DOBLÁNDOSE DE LA RISA)

ENRIQUE.—¡Responde ahora mismo, desgraciado!

OLIVER.—No tengo por qué darte explicaciones. Ya no es tu novia.

ENRIQUE.—¿Y tú cómo sabes eso?

SILVÁN.—(RIENDO) Esto es demasiado...

OLIVER.—Imagínate lo que quieras, el caso es que desde hace un mes vuelve a estar disponible.

ENRIQUE.—¡Voy a matarte!

(SILVÁN LO COGE POR LA ESPALDA. ENRIQUE TRATA DE ACERCARSE A OLIVER PARA PEGARLE)

ENRIQUE.—¡Eres un traidor!

OLIVER.—Sí, sí, tú como siempre quieres matar a todo el mundo. Tú la dejaste, ¿no? ¿Crees que después ella iba a tragar con tus arrepentimientos y tus devaneos?

ENRIQUE.—(ATRAPADO ENTRE LOS BRAZOS DE SILVÁN) ¡Alimaña! ¡Ven a pegarte como un hombre!

OLIVER.—Para ensuciarme con tus crisis, ¡ni hablar! Mejor te callas...(HISTÉRICO) ¡¡Porque por una vez te quedas en silencio y te jodes!! ¿Entiendes?

ENRIQUE.—¡Te aprovechaste de la situación! ¿Eh, sanguijuela? ¡Tanta amista era para quedártela! ¡cabrón!

OLIVER.—Ella ha optado por los beneficios. Estamos en la era del capitalismo, recuérdalo.

ENRIQUE.—(TIRANDO CON TODAS SUS FUERZAS HACIA OLIVIER) ¡Miserable!

(SILVÁN LE PEGA UN GOLPE EN LA CABEZA Y ENRIQUE CAE AL SUELO)

SILVÁN.—Me debes un favor.

MATEO.—¡Menos mal! (SECÁNDOSE EL SUDOR DE LA FRENTE)

OLIVER.—(A SILVÁN) ¡Otra vez tú!

SILVÁN.—¿Es que no podéis dejar tranquilo al pobre chico? ¿Tan mal anda la natalidad en vuestro país como para ir siempre a parar a la familia de éste?

MATEO.—Es que no te imaginas lo bien rodeado que está.

SILVÁN.—¡Tampoco es para tomarla con él!

MATEO.—¡Está todo tan mal! ¡casados, divorciados...la gente ya no cree en nada y para amar hay que tener fé!...(A OLIVIER) ¡Te he dicho mil veces que tiraras la foto!

OLIVER.—¡Y tú el anillo!

SILVÁN.—En caso de duda, vendédmelo todo a mi, haremos negocio.

MATEO.—¿Qué vamos a hacer ahora?

OLIVER.—Pase lo que pase, él a mi ya no me da miedo.

MATEO.—Es que aún nos queda un trecho con él, no podemos hacerlo...como se levantará atontado le diremos que se lo ha imaginado.

OLIVER.—¡Que se joda!

MATEO.—¡Esto va a acabar muy mal! (SE SECA LA FRENTE) ¡Tengo tanta sed!

OLIVER.—¡Debe tragarse lo que ha hecho, ya está bien de bailarle el agua!

SILVÁN.—(SE RÍE) ¿El qué?

MATEO.—Ahora no es el momento.

OLIVER.—A mi me parece que hemos tardado demasiado en ordenar las cosas con éste. Los espacios se han liado y ahora yo quiero lo que es mío.

MATEO.—Sólo lleváis un mes, no puedes estar seguro que las cosas vayan a ir bien con ella.

OLIVER.—Yo abandono inmediatamente, yo no llegaré a Estambul. Vuelvo a casa por María, yo sí que le daré todo el cariño que se merece.

MATEO.—No puedes dejarnos colgados ahora.

OLIVER.—Es cuestión de prioridades, y la mía es estar con ella. Y éste va a tener que comerse el plato que yo le ponga delante.

MATEO.—¡No puedes ser tan cabrón!

OLIVER.—¡Ah, soy yo y no él con sus caprichos, su egoísmo y su legitimidad de hacer siempre lo que le da la gana a costa del sufrimiento ajeno! Mira, Mateo, en la vida se paga siempre lo que no se arriesga, y este tío nunca ha tenido valor para quererla de verdad.

MATEO.—No entiendo por qué le odias tanto.

OLIVER.—Nada de eso, sólo que soy yo a quien le ha tocado enseñarle cómo son las cosas, partirle la cara sin rozarle la piel. Nada más que añadir: atrás, arriba, el polvo y el cielo.

SILVÁN.—¡Tú no tienes huevos para eso! (PEQUEÑA PAUSA) mientras no cambies, a ella sólo le darás lástima...no sirves ni para tener agua gratis...sólo vales para consolarla...y eso no va a funcionar

OLIVER.—¿Y tú qué sabes?

SILVÁN.—Tendrás que mostrar que eres fuerte para que no le des pena. Algo determinante...si no, en cuanto olvide a éste te abandonará y se irá con otro que sepa dominarla.

OLIVER.—No va a pasar eso, ella me conoce bien.

SILVÁN.—¿Seguro que sabe que eres un hombre? ¡no sabes ni beber!

(PAUSA)

SILVÁN.—(SACA UNA BOTELLA Y BEBE. PAUSA) Desde que os conozco y por culpa de vuestras conversaciones sólo tengo una cosa en la cabeza...¡irme de putas!

(TELÓN)

ACTO III

Está amaneciendo, y la luz cae tenuemente sobre la fuente contaminada. Poco a poco Mateo se despierta, mientras Oliver está concentrado en el libro, ha pasado la noche en vela y sigue bastante nervioso. Enrique sigue inmóvil en el suelo.

MATEO.—(SE FROTA LOS OJOS) Tengo sed...¿Ya es de día?

OLIVER.—(ÉL ESTÁ SENTADO CON EL LIBRO ABIERTO, MIRÁNDOLO) Sí...yo también tengo mucha sed, pero no podemos pensar en eso.

MATEO.—¿Has pasado la noche en vela?

OLIVER.—Más o menos.

MATEO.—¿No se ha despertado?

OLIVER.—(CON TONO ÁSPERO) No.

MATEO.—(ACERCÁNDOSE A ENRIQUE. TOCÁNDOLE LA CABEZA) Me preocupa

OLIVER.—La respiración está bien, la he comprobado hace un rato. Mejor que siga así, al menos no se da cuenta de nada.

MATEO.—No puedo más...y pronto empezará a hacer calor. Tengo que beber algo, aunque sea de la fuente.

OLIVER.—Ni se te ocurra. Piensa en otra cosa.

MATEO.—¿Qué piensas hacer cuando salgamos de aquí?

OLIVER.—Ganar dinero como sea, casarme con ella y llevármela lejos...eso es lo que haré.

MATEO.—Pues yo me conformo con que Alberto me perdone este viaje.

OLIVER.—(SE RÍE) ¡Espero que los genes no determinen demasiado porque si no...!

MATEO.—¡Y esto del agua, me interesa mucho! Me hace pensar.

OLIVER.—¿Te preocupa?

MATEO.—Cuando habla el ruso sí; pero, por el resto, no sé...tengo más bien inquietud científica.

OLIVER.—Me parece bien que pienses así...cuanto dejemos esto, la cosa no da para más.

MATEO.—(ACERCÁNDOSE A ENRIQUE) Hay que despertarle, no es bueno que esté así tanto tiempo. (COGE UNA CANTIMPLORA, VA HACIA LA FUENTE CONTAMINADA Y LA LLENA. LUEGO VA HACIA ENRIQUE)...¡Tengo tanta sed! (INTENTA BEBER. OLIVER LE QUITA LA CANTIMPLORA)

OLIVER.—¡De eso nada, sé fuerte!

(OLIVER LE ECHA AGUA A ENRIQUE POR ENCIMA)

OLIVER.—¡No sólo cornudo y apaleado sino también contaminado!

ENRIQUE.— (SE DESPIERTA TOCÁNDOSE LA CABEZA) ¿Quién ha sido el ca...?

MATEO.—(NERVIOSO) ¿Qué tal vas?

ENRIQUE.—Mal, me duele la cabeza.

MATEO.—¿Has tenido un mal sueño? Eso pasa cuando uno se toca la cabeza al levantarse. Pero nunca son reales, créeme.

ENRIQUE.—Supongo que sí...todo me da vueltas.

MATEO.—¿Y sabes quién soy...te acuerdas?

ENRIQUE.—No, no ni sé ni me importa.

MATEO.—(ACERCÁNDOSE) ¡Qué bien! Mira, créeme, no hace falta que te acuerdes de nada.

ENRIQUE.—¿Por qué?

MATEO.—¡Porque no hace falta que sepas lo que pasa a tu alrededor!...sobretudo tú.

ENRIQUE.—(SE TUMBA EN EL SUELO) Desgraciadamente sé quién eres... el novio de mi hermano...ya no me quedan fuerzas ni para cabrearme...me duele todo el cuerpo...

MATEO.—Eso es señal muy saludable para todo el grupo. ¿Y éste? ¿Te acuerdas de quién es éste?

ENRIQUE.—El que todavía no se ha follado a mi novia.

OLIVER.—Hace quince días nos lo hicimos por internet...¿Por qué te crees que le pedí el sujetador a aquella chica? Necesitaba uno urgentemente para mi cita cibernética con María.

MATEO.—¿Entonces no estuviste finalmente con la de Bangkok?

OLIVER.—¡Pues claro que no!

MATEO.—¡Menos mal!

OLIVER.—¿Por qué?

ENRIQUE.—¡Esto sí que es alucinante!

MATEO.—Busca en mi mochila

(OLIVER BUSCA Y SACA EL SUJETADOR)

MATEO.—A mi también me dieron ganas de llevármela a la cama.

ENRIQUE.—¡A pesar que estaba buenísima ...de verdad que no me lo puedo creer!

MATEO.—Yo tampoco...pero el caso es que me siguen gustando las tías. Así que definitivamente el viaje no me ha aclarado las ideas.

OLIVER.—Pues yo sí...tú te has enamorado de una persona, ¿qué más da hombre o mujer?

ENRIQUE.—(CON INDIGNACIÓN) O sea...¿qué vas a dejar a mi hermano! ¡Tú no tienes corazón!

MATEO.—¡No hombre! Es que me ayudaba a meditar....

OLIVER.—Sí, a fantasear un poco

ENRIQUE.—¡No me gusta que le pongas los cuernos a mi hermano!

MATEO.—Yo nunca lo haría.

ENRIQUE.—Pues mejor. Yo sigo sin entenderlo...a mi desde luego no me pasaría...me gustan las mujeres y calientes mejor, como María, que con todos es igual...con éste, conmigo, no vayas a creer que es por ti...cuando pasan de los veinticinco ya no quedan exclusividades con una tía. Luego te paso unas bragas que tengo por ahí.

OLIVER.—Sí, es muy cariñosa...(MIRANDO EL LIBRO) Y muy guapa...¿verdad?

ENRIQUE.—Su hermana esta mejor.

(SILENCIO)

OLIVER.—¡Y lo agradable que es estar con ella! No es como la mayoría de las chicas que te aburres en seguida, siempre habla de cosas divertidas e interesantes, ¿a qué sí?

ENRIQUE.—Se pone muy coñazo cuando le va a bajar la regla, no hay quien la agüante.

OLIVER.—¡Y cómo se mueve!

ENRIQUE.—¡Es una calientapollas!

OLIVER.—Sus labios...

ENRIQUE.—Se echa mierda que no se quita para que parezcan más grandes.

OLIVER.—Y su cuerpo...¡no veas!

MATEO.—(COGIENDO LA MOCHILA) ¡Yo me voy de aquí!

(SILENCIO)

ENRIQUE.—No, Mateo, no hace falta...(PAUSA) Y además...¿sabes qué?...cuando se ríe, (CON DIFICULTADES PARA EXPRESARSE) pues se le ilumina la cara de una manera...! ¡Y ya verás...tiene la manía de colgarse a tu cuello cuando cruzas su puerta! ¡Es como una cría! Siempre jugando....por eso...por eso, yo siempre la llamaba Baby-Love...

MATEO.—Como a la moto.

ENRIQUE.—Sí, como a la moto. (PAUSA)

OLIVER.—Yo seré un buen hombre para ella.

ENRIQUE.—Seguro que sí...¿Sabes, Oliver? No es que los impresentables como yo, inmaduros como nos llama mi madre, no amemos, es que no sabemos hacerlo. O tragamos grandes sorbos, o nos olvidamos que necesitamos beber.

OLIVER.—Ése es asunto tuyo.

ENRIQUE.—(SE LE SALTAN LAS LÁGRIMAS) ¡Y no te vayas a creer que os voy a dejar en paz cuando llegue a casa! ¡voy a ser un mosquito pegado a ella hasta que decida volver conmigo! Y seré tan cursi como tú para hacerte la competencia (LLORANDO), porque...desde hace un mes, desde que me dejé...yo me siento completamente perdido. Y su nombre suena una y otra vez en mi cabeza....su nombre lo dice el aire, lo decís vosotros cuando calláis, lo dicen todas las cosas que me encuentro por el camino.

MATEO.—(LO ABRAZA) Vamos, vamos, ya se verá lo que pasa.

ENRIQUE.—(CON LÁGRIMAS) Yo la quiero...

MATEO.—Ya lo sé, ya lo sé...pero cálmate porque hay que ahorrar líquido.

(SIGUE ABRAZADO A MATEO).

OLIVER.—Sí, estás triste... pero no has movido un dedo por ella.

ENRIQUE.—¿Qué quieres decir?

OLIVER.—Que te has tomado pocas molestias para resolver vuestros problemas ¿no? Sigues con tus planes hasta nueva orden.

ENRIQUE.—Tengo un compromiso conmigo mismo.

OLIVER.—Pues entonces no finjas que te importan los demás. Siempre resulta muy interesante el juguete que te han arrebatado.

ENRIQUE.—(SE ACERCA DESPACIO Y AGESIVO HACIA OLIVIER) Tengo que arreglar primero mis asuntos antes de ofrecer nada a nadie.

OLIVER.—(DA UN PASO HACIA ENRIQUE Y SE PLANTA CARA A CARA) Tú lo has dicho: primero y después. El tiempo no es igual para cada criatura. Para una flor un día es una vida y para un roble es un segundo.

ENRIQUE.—¿Y para ti, qué es para ti el tiempo de los demás, tú que tanto piensas en el prójimo?

MATEO.—(COLOCÁNDOSE EN MEDIO) Tengo unos caramelos buenísimos para desayunar.

OLIVER.—¡El tiempo para mi es reciclar errores, nada más!
(PAUSA)

MATEO.—(GRITANDO) ¡Tengo sed!

(ENRIQUE LE DA A OLIVER UN GOLPE SECO EN EL PECHO. LUEGO VUELVE A TUMBARSE. SILVÁN APARECE EN ESCENA)

SILVÁN.—Veo que como siempre sigue la armonía por aquí. (SE COLOCA DE PIÉ CARA A CARA CON EL PÚBLICO) /Kaniéchna/ (PAUSA). Vengo a comunicaros que hay retraso con el tren, lo he oído por la radio...¿no respondéis? pensaba que erais más educados y que me daríais las gracias.

MATEO.—Se lo está inventando para jodernos.

SILVÁN.—Alomejor.

ENRIQUE.—Pasemos de él (SE ABANICA)

SILVÁN.—Será duro hasta mañana, creedme. Primero se seca la garganta...pero vosotros ya habéis llegado a esa fase. Luego, se pasa a sentir que todo se paraliza dentro, que se densifica la sangre...ahí ya empieza el problema: no podréis moveros, sólo podréis concentraros en vuestra propia respiración...el mundo os retumbará. Ése es un momento crítico...ahí os acecha la muerte.

MATEO.—¡Yo no quiero morir! ¡Agua, por favor, por favor! (DE RODILLAS) ¡Te lo suplico!

(SILVÁN MIRA A LOS TRES. LE DA LA CANTIMPLORA)

SILVÁN.—Bebe.

(MATEO EMPIEZA A BEBER DESESPERADAMENTE PERO SILVÁN LE COGE LA CANTIMPLORA DE NUEVO)

SILVÁN.—¡Ya está bien, ya es suficiente!

MATEO.—¿Y los demás?

SILVÁN.—Has bebido por los tres. Era tu recompensa.

SILVÁN.—Por escuchar aunque no entiendas.

MATEO.—Pero, ¿por qué?

SILVÁN.—Todo lo que es capaz de moverse es injusto porque tiene que sobrevivir...Hace calor, ¿no? (BEBE)

ENRIQUE.—Este hijo de puta tiene razón...hay que concentrarse en salir de ésta...me encuentro mal (SE TUMBA)

MATEO.—Dale agua, por favor.

SILVÁN.—¿Tú qué opinas....le doy de beber al sediento?

OLIVER.—Yo creo que hay grandes problemas de agua en este planeta.

SILVÁN.—(SUELTA UNA CARCAJADA) ¡Ésta sí que es buena! (PAUSA) ¿Y tú, quieres agua?

ENRIQUE.—El tren va a pasar de un momento a otro.

SILVÁN.—Estarás muy desgastado para cuando llegue la tarde.

(ENRIQUE SE COLOCA EN POSICIÓN FETAL)

ENRIQUE.—Había un niño así en Benarés...¿Te acuerdas, Mateo?

MATEO.—Sí.

SILVÁN.—¿Habéis estado por allí? Ese Niño, como todos, bebía mierda como la de esa fuente, ¿lo sabías? El Ganges se está secando y tiene arsénico, se superpueblan las orillas, se cortan árboles y los glaciares, como el Gangotri, que alimentan el río, se están derritiendo. He visto muchos chavales como ése, tal como empiezas a estar ahora, ese síndrome se llama en África Kwashiorkor, significa “Niño desplazado”.

MATEO.—Y también recuerdo que en Australia...

SILVÁN.—/*Inch Alá*/...de eso habría mucho que contar...

MATEO.— Estaba tan seco que la tierra tenía heridas...y yo alucinaba en vez de horrorizarme.

SILVÁN.—¡Es que es muy seco! Y además pasa algo muy curioso allí...a esta gente le dió por cambiar el curso de un río costero, el Snow River, que según su naturaleza ha llenado de sal las tierras más fértiles del continente...

OLIVER.—¿A qué viene tanta conversación?

ENRIQUE.—¡Claro, como se ha hinchado de agua!

MATEO.—Estuvimos en el Yagtsé, que le están cambiando el curso. ¿Y sabes qué hicimos allí? Pues comprar saldos de la gente que era obligada a dejar sus casas. Compramos antigüedades, joyas y brocados que nos enviamos por correo a nosotros mismos, hicimos un gran negocio...¡joder, joder, joder!

SILVÁN.—Los tres ríos que bañan el norte de China están contaminados. Este lugar produce las dos terceras partes de las cosechas del país y tiene solamente un quinto por ciento de su agua, que en vez de cuidarla, la ejecutan con más vertidos. Además, el gran río Amarillo, en 1972, no desembocó en el mar por primera vez en su historia, había bajado más de quince metros...

ENRIQUE.—¡Cuánta conciencia tiene este cabrón, hay que ver!

MATEO.—Para salir del paro voy a hacerme traficante de agua.

SILVÁN.—¿Cuál crees tú que es mi negocio más próspero? Y muchos países lo hacen a gran escala: ahí tenéis a Turquía, llenando de presas el Tigris y el Éufrates perjudicando a Irak y Syria; ahí está Israel, que controla el Jordán, o Malasia, que escribe en la boca de Singapur y la chantajea, como sucedió en el 97 que amenazó con cerrarle el grifo si criticaba su política exterior; pero también tenemos ciudades enteras sufriendo a mafiosos como en Lima, Tegucigalpa, Lusaka, Ciudad de México, Ciudad de Juárez, Dacca, Beijing, Seúl o Yakarta...¿sabes? me gusta hablar contigo, alomejor eres el único que va a...¡uhm!

OLIVER.—Nos espera un futuro interesante.

(ENRIQUE SIGUE POSTRADO)

MATEO.—¡Este tema es la hostia! Si cada día hay más muertes por esta causa como el ruso dice...¡será un filón!

SILVÁN.—¡Olas y huracanes de sed!...¡Yuhu! (SALTANDO)...¿a que es fantástico?

MATEO.—¡Es alucinante, en serio!

SILVÁN.—¡Super guay! ¿No se dice así?

MATEO.—¡Sí, es fascinante!

SILVÁN.—(EN TONO SERIO) Eres todavía peor que ellos.

MATEO.—(SE PONE DE RODILLAS ANTE SILVÁN) Necesito agua...por favor...

SILVÁN.—No...Pero soy un hombre sensible que me encanta la literatura...¿Tú qué dices, muchacho? ¿Me prestas el libro o no? El tren puede tardar mucho...

MATEO.—(AÚN DE RODILLAS) Por favor....

(SILVÁN LE IGNORA)

OLIVER.—Está bien (SE LO ENTREGA)...tómalo...pero quiero hacerte una pregunta (EN VOZ BAJA) En el caso que el tren no viniera...¿cómo podría salir de aquí?

SILVÁN.—Sigue la vía del tren hasta que llegues a la ciudad más próxima, desde allí podrás llegar a Tashkent. El resto es cosa tuya.

OLIVER.—¿Está muy lejos?

SILVÁN.—A unos cincuenta kilómetros, yo no lo haría desde luego.

OLIVER.—Quiero tres litros. Me los dejarás detrás de aquella roca. Las direcciones no están completas, te diré lo que falta, y no preguntes a estos porque no te la dirán. Quiero el agua en media hora, así que date prisa.

SILVÁN.—Tendrás dos litros y medio.

OLIVER.—Tres

SILVÁN.—Dos y punto.

OLIVER.—Está bien, dos y medio.

SILVÁN.—Bueno, chicos, os veré en un rato. Tengo que terminar unas chapuzas que tengo pendientes...pero antes (ENFOCA CON LA CÁMARA) ¡Una sonrisa como legado! ¡okey!
¡Estupendo!
(SALE DE ESCENA)

MATEO.—Está muy mal (LE DA DE SU TETRA-BRIK. ENRIQUE BEBE). Se ha acabado...¿Podrías darme un poco de la tuya?

OLIVER.—No.

MATEO.—Nunca pensé que fueras así.

OLIVER.—No puedo ser generoso con alguien que derrocha ego; ¡éste no ve más allá de sí mismo! (SE ACERCA A ENRIQUE) ...(SEÑALÁNDOLE)...¿crees que nos ha visto alguna vez?

MATEO.—¿Qué va a ser de él? Pero el tren va a pasar pronto, muy pronto...

OLIVER.—Sí, y todos los negros, asiáticos e indígenas tendrán ducha en casa, ¡¿No te jode?! Ese tío tiene toda la razón. Alomejor pasa, pero alomejor no. ¿Qué sabemos? El caso es que a mi ya no me queda fe en que los grandes actos hagan grandes a las personas.

MATEO.—¡Te has convertido en un monstruo!

OLIVER.—¡Y tú un hipócrita que sólo quiere salvarle la vida por su hermano!

MATEO.—¡Miserable!

OLIVER.—No hay ni habrá agua para él...¿te enteras? Los héroes se ponen de moda cuando los canallas dejan de ser útiles...así que como aún sirvo pues no hay más protagonista que yo...¡su función se acabó...que se muera porque yo sí que no voy a hacerlo!

(ENRIQUE. SE VUELVE Y DISPARA. OLIVER CAE AL SUELO)

MATEO.—¡Dios mío, Enrique, no, no! (QUEDA PERPLEJO MIRANDO A OLIVIER)

(PAUSA)

MATEO.—¡Enrique, Enrique! ¿Qué has hecho? (SE ACERCA A OLIVIER)

OLIVER.—(EN VOZ BAJA) ¡Coge el arma!

MATEO.— (CORRE NERVIOSO HACIA ENRIQUE Y LE COGE EL ARMA) ¡Ya está!

OLIVER.—Creo que estoy bien (SE LEVANTA) He tenido suerte, no visibiliza bien, no me ha dado (MIRÁNDOSE EL CUERPO)

MATEO.—¡Gracias a Dios!...¡Esto es el infierno!

OLIVER.—(SE ACERCA) ¡Y tú te vas a quedar en él! (LE ESCUPE) ¡No llegarás vivo! ¿Me oyes? ¡¿Me estás oyendo?!...¡rata!

MATEO.—¡Basta ya!

OLIVER.—¡Ha intentado matarme! ¿Es que aún así lo defiendes?

MATEO.—¿En qué te has convertido?

OLIVER.—¡En alguien que quiere vivir a toda costa!

MATEO.—¡Nos matarás a todos!

OLIVER.—No, viviré por todos vosotros.

MATEO.—(DANDO VUELTAS EN CÍRCULO) El tren llegará pronto, el tren llegará pronto, está a punto de venir, a punto de venir, lo sé...

OLIVER.—O no.

MATEO.—El tren llegará pronto, el tren pasará pronto, inmediatamente, ya lo escucho, ya está ahí...¿no lo oyes, Enrique?...escucha cómo se aproxima, ¿a qué si? E iremos a casa, a casa...y todo volverá a ser como antes de partir, y nos quedarán sueños por cumplir, planes, haremos muchos planes ¿a que sí?... y nadaremos...¿sabes Enrique? Iremos a mi casa de la playa y nos zambulliremos en toneladas de agua, y en la piscina...y...¿oyes el sonido del tren?

(SE OYE UN PITIDO. PAUSA)

SILVÁN.—(SONADO UN SILVATO) Pensé que os haría ilusión escuchar algo de esperanza, porque no queda nada...el tren no llegará hasta el domingo...(SUELTA UNA CARCAJADA)...¿Y qué coño vais a hacer vosotros hasta el domingo?

(SILENCIO. SILVÁN SE RÍE)

SILVÁN.—Aquí hace mucho calor...

MATEO.—¿Qué ha pasado?

SILVÁN.—Si subes aquel montículo verás una bandera. Eso es una señal que avisa del retraso del tren como mínimo un par de días, es frecuente por aquí...averías.

MATEO.—¡Dios mío! (SE SIENTA Y SE PONE LAS MANOS EN LA CARA)

(OLIVER COGE LA MOCHILA, DICE ALGO A SILVÁN EN EL OIDO Y SALE DE ESCENA)

MATEO.—¡Ayúdanos por favor, ayúdanos!

SILVÁN.—Ya lo he hecho, os he enseñado cómo son las cosas. El resto es dejar actuar a la sabia naturaleza, sólo los fuertes sobreviven, siempre ha sido así...

MATEO.—¡Dios mío!...

SILVÁN.—Además, te has quedado solo.

MATEO.—Es verdad, ¿dónde está Oliver?

SILVÁN.—Me ha vendido vuestras direcciones a cambio de un litro de agua.

MATEO.—¿Pero, por qué?

SILVÁN.—Lo necesito para el marketing de la historia, aún conservo algunos contactos...voy a sacar una buena tajada con vuestra muerte.

MATEO.—¡Tú no vas a hacer eso!

(MATEO SE AVALANZA SOBRE SILVÁN Y ÉSTE LE GOLPEA EN EL PECHO)

MATEO.—(CAYENDO AL SUELO) ¿Por qué ?

SILVÁN.—Porque sois larvas de un futuro de miseria. Gente como vosotros es quien ha creado las desigualdades, gente que no ve, ni oye, ni siente. Gente que se pasea por el mundo baboseando sobre sus buenas intenciones, y saca una tarjeta de crédito...y mira altivamente...larvas que se hacen culebras en las grandes empresas, en la política, en la prensa...y porque os haré fotos, pediré dinero, contaré una historia que servirá de ejemplo...de tres idiotas que vendieron su agua, como hacen todos...

MATEO.—Y Oliver se salvará...

SILVÁN.—La ciudad más próxima está a trescientos kilómetros, como os dije al conocernos...pero no escucháis nunca, ¡nunca! Si lo hubierais hecho, ahora no estaríais así...

MATEO.—¿Qué podemos hacer? ¡sólo hemos pensado en nuestras tonterías, es increíble! ¡debe de haber una salida, por favor, no podemos quedarnos así!

SILVÁN.—La hay, la hay (VA SALIENDO DE ESCENA)...atrás, arriba, el polvo y el cielo...

(TELÓN)